

Sandie Holguín, *República de ciudadanos. Cultura e identidad nacional en la España republicana*, Barcelona, Crítica, 2003, 316 pp., ISBN 84-8432-468-0.

En los últimos años hemos asistido a la aparición de varias obras sobre el nacionalismo español. Los trabajos de Alfonso Botti, Carolyn Boyd, José Álvarez Junco y Santos Juliá, entre otros, han supuesto un avance importante en nuestro conocimiento de la creación y el desarrollo de diversas identidades nacionales españolas. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones, estos estudios se han centrado en el análisis de los discursos elaborados por intelectuales y políticos, prestando escasa atención al proceso por el cual las ideas nacionalistas de estos se transmitían al conjunto de la población, mediante instituciones estatales (sistema educativo, servicio militar, administración pública) y culturales (prensa, teatro, cine). Sandie Holguín se adentra con *República de ciudadanos* en el complejo campo de la formación de identidades nacionales, con una investigación sobre los programas estatales dirigidos a educar a las masas en valores patrióticos y democráticos durante la Segunda República. El libro se centra en los proyectos culturales subvencionados por la coalición republicano-socialista (1931-1933), con la intención de promover una identidad nacional española esencialmente republicana, laica y democrática, y la reacción que estos planes produjeron entre los sectores conservadores del país.

El marco teórico en el que se desenvuelve el análisis de Holguín está basado en los conceptos gramscianos de “hegemonía” y “contra-hegemonía”, pero aplicados aquí a la identidad nacional en vez de a las clases sociales. Así, el libro examina cómo el intento de la izquierda republicana por convertir su idea democrática de España en hegemónica entre el conjunto de la sociedad civil dio lugar a una oposición radical por parte de la derecha y los anarquistas, que pasaron a desarrollar sus propios conceptos de nación como contra-hegemónicos. Y a partir del estudio de esta lucha por establecer una identidad nacional hegemónica en la que ninguno de los sectores pudo imponerse durante los años republicanos, la historiadora norteamericana llega a la conclusión de que fue probablemente «esa incapacidad de lograr una hegemonía cultural por parte de cualquiera de estos grupos en solitario lo que diera lugar a la guerra civil española» (p. 9).

Tras un breve repaso a modo de introducción de los conceptos de “hegemonía” y “cultura”, y algunas notas sobre teorías en torno al nacionalismo, *República de ciudadanos* presenta en su primer capítulo las visiones enfrentadas en materia de educación e identidad nacional de republicanos, liberales, socialistas, anarquistas, regionalistas catalanes y conservadores. En el segundo capítulo Holguín describe el debate entre los intelectuales progresistas sobre cuál era el mejor modo de educar a las masas rurales y la puesta en marcha de las Misiones Pedagógicas en 1931. La parte principal del libro (capítulos 3, 4 y 5) está dedicada al uso que hizo el gobierno republicano-socialista del teatro, el cine y la literatura como

medios para fomentar una identidad nacional común entre el conjunto de la población. El último capítulo se centra en la puesta en práctica de políticas culturales republicanas y franquistas durante la guerra civil, tanto en el campo de batalla como en la retaguardia.

Lo más destacado del libro es el análisis de los diversos medios de comunicación empleados por el gobierno republicano para transmitir identidad nacional. Basándose en un buen trabajo de archivos, la autora explora cómo el gobierno central promovió la creación de grupos teatrales ambulantes para llevar las obras clásicas del Siglo de Oro al campesinado, la incapacidad de republicanos y socialistas a la hora de entender el potencial que suponía el cine para llegar a las masas y los continuos esfuerzos realizados por el Estado en su batalla contra el analfabetismo. Mención especial merece el detallado estudio que realiza Holguín de las Misiones Pedagógicas. Las actividades de estos grupos de educadores, que recorrían pueblos creando escuelas y bibliotecas y enseñando a leer a los aldeanos, se nos presentan como la espina dorsal del proyecto cultural republicano. Pero pese a todo el empeño que los dirigentes republicanos y socialistas pusieron por hacer funcionar de un modo efectivo estos proyectos educativos, los resultados de éstos no estuvieron exentos de problemas y paradojas. Como bien muestra Holguín, la puesta en marcha de este proyecto de educación de masas según los cánones de una "cultural popular" elaborada por los intelectuales dio lugar a serias tensiones entre sus promotores, una vez que muchos de los militantes de base socialistas y anarquistas reelaboraron el

mensaje oficial estatal dándole un carácter claramente revolucionario.

Sin embargo, este análisis de los medios de comunicación no está suficientemente complementado en la obra de Holguín con una explicación de los procesos políticos que se desarrollaron al mismo tiempo que las campañas educativas republicanas, ni de los partidos políticos que impulsaron estas políticas culturales. Como la misma autora reconoce, es precisamente en los espacios de interrelación entre la cultura y la política donde se puede explorar mejor la transmisión de la identidad nacional. No obstante, las referencias a la situación política en los años estudiados son muy escasas en la obra de Holguín, de tal modo que los programas culturales se nos presentan en una especie de vacío político. Quizá lo que más se eche en falta sea una mayor referencia a los años de los gobiernos conservadores y las políticas culturales puestas en marcha por la coalición radical-cedista para contrarrestar los esfuerzos de la izquierda. Al ignorar el Bienio Negro, Holguín pierde una buena oportunidad de analizar la interacción dialéctica entre "hegemonía" y "contra-hegemonía" una vez el poder político cambia de manos.

Al limitar su estudio a los programas culturales de la coalición republicano-socialista en el periodo en el que la izquierda estuvo en el poder, Holguín nos presenta un marco cronológico de análisis reducido a poco más de dos años. Esto dificulta la labor de calibrar la efectividad de los proyectos culturales izquierdistas y valorar el impacto que esos tuvieron a la hora de crear una identidad nacional integradora. Es probable que esta tarea pudiera haberla

realizado la autora indagando sobre el resurgir de las políticas culturales del Estado republicano a partir de 1937, pero Holguín prefiere adentrarse en las turbulentas aguas de los futuribles históricos. «¿Qué habría pasado si los republicanos hubieran ganado la guerra y hubieran podido seguir con las políticas iniciadas en 1931?» (p. 237), se pregunta la autora antes de pasar a divagar sobre lo que hubiera sido una España sin Franco en el poder durante los siguientes 40 años. ¿Qué interés académico puede tener una investigación histórica cuyas conclusiones están basadas en especulaciones sobre algo que nunca ocurrió?, se puede preguntar algún lector.

Tampoco exenta de problemas está la idea de Holguín de que fue el fracaso a la hora de lograr una hegemonía cultural, tanto por parte de las derechas como de las izquierdas, dio lugar a la guerra civil. En primer lugar porque, a pesar del indudable peso que tuvieron las percepciones culturales a la hora de construir la imagen del enemigo en ambos bandos, los factores esencialmente políticos y económicos jugaron un papel determinante en el estallido de la guerra civil. La decisión de las derechas de apoyar un golpe de Estado contra la República, una vez la CEDA perdió las elecciones de febrero del 36, no puede explicarse en términos exclusivamente culturales. Las reformas agraria, laboral y militar planteadas por el Frente Popular fueron consideradas por muchos en las clases altas y medias como claras amenazas a su posición económica y social. Conviene no olvidar que fue el miedo a que estas reformas socio-económicas se realizaran, lo que llevó a las clases pudientes a buscar una “solución

militar” que defendiera sus intereses materiales. En segundo lugar, la falta de una hegemonía cultural también la encontramos en otros países europeos en la primera mitad del siglo XX y no por ello el resultado fue una guerra civil. Francia e Italia son dos buenos ejemplos de países en los que izquierda y derecha defendieron dos conceptos de nación antagónicos, pero donde se evitó el conflicto civil a gran escala (al menos hasta las ocupaciones alemanas de 1940 y 1943 respectivamente).

Republica de ciudadanos tiene el merito de adentrarse en el difícil y poco explorado campo de la “nacionalización de masas” por parte del Estado en España. No obstante, demasiadas preguntas quedan por contestar en un trabajo donde prima la narrativa sobre el análisis histórico.

Alejandro Quiroga

Abdón Mateos, *De la guerra civil al exilio. Los republicanos españoles y México. Indalecio Prieto y Lázaro Cárdenas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005, 268 pp., ISBN 84-9742-393-3.

Suelen lamentarse los mexicanos, cuando no de la altanería, del desinterés con que los españoles han observado la historia de las relaciones entre España y México desde la independencia. A pesar de lo paradójico del descontento, no les falta razón. La diferencia entre el número de obras que abordan esas relaciones publicadas por hispanomexicanistas de origen estadounidense o mexicanos frente a las de historiadores españoles resulta sustancial. Eso nos